

Clase 11 – México y sus múltiples guerras – 4 de mayo de 2017

¿Cuáles son las formas de la violencia en el marco de la guerra social en el México del Siglo XXI?
¿Cuáles son sus principales actores?

*Políticos que tranzaron
y pactan con esa gente
Gobiernos que se dejaron
socavar impunemente
Ellos mismos empollaron
el huevo de la serpiente
Guillermo Velázquez*

Dar contexto a la violencia

El recurso a la violencia no puede reducirse a un plan: su carácter extremo desata fuerzas y crea situaciones que son casi imposibles de controlar o siquiera modelar. Sin embargo, en la coyuntura de ausencia de contrapesos, el liderazgo militar estadounidense se ha empeñado en generar tecnologías, doctrinas y estrategias que le permitan "modelar" los conflictos armados, optimizando la destrucción del enemigo y minimizando sus pérdidas, humanas y materiales. A pesar de ello, sigue habiendo una gran cantidad de situaciones y elementos de contingencia e incertidumbre en el recurso a la guerra: prueba de ello son tanto el atascamiento de las fuerzas armadas de Estados Unidos en Afganistán o Irak, como la pérdida de control por parte de las instituciones en México.

Siguiendo con la argumentación de la dependencia creciente de México al hegemon estadounidense, podemos caracterizar la situación de México como una guerra asimétrica impulsada como medio de control y reordenamiento social. Al menos en algunas de sus facetas, las políticas y estrategias de seguridad aplicadas en México a partir de 2006 corresponden a la doctrina de la dominación de espectro completo implantada por el liderazgo militar estadounidense en el marco de la llamada "revolución de los asuntos militares"; en particular, la guerra contra el crimen organizado crea un enemigo interno, "libera" a las fuerzas armadas de sus límites políticos y constitucionales y las encarga de la seguridad pública, instalando el terrorismo de estado como política de gobierno.

Las violencias omnipresentes

En ese marco podemos ubicar las violencias que caracterizan la guerra de exterminio en México:

La violencia institucional: la doctrina que caracteriza el crimen organizado como un problema de seguridad desatendiendo sus profundas raíces económicas y sociales crea una situación inédita en la historia reciente del país: las fuerzas armadas aparecen como el principal bastión del poder institucional, debilitando las instancias civiles y facilitando las relaciones de subordinación con el

estado estadounidense, en particular con su rama militar. La guerra contra la delincuencia va de la mano con el estrechamiento de las relaciones de dependencia militar: financiamiento, entrenamiento, asesoría, uso y venta de tecnologías y las novedades de las maniobras conjuntas y la participación de personal estadounidense en operaciones y enfrentamientos en territorio de México.

Al encargar a las fuerzas armadas las tareas de seguridad pública se crea una situación de guerra: por doctrina y entrenamiento tales fuerzas practican el aniquilamiento del enemigo. Las prácticas castrenses pueden enmarcarse en el terrorismo de estado: masacres, desapariciones forzadas, tortura, abusos, no son excepciones sino el modo de operación de las fuerzas armadas en México. Por ello, no es casual que la mayor parte de las víctimas de asesinatos violentos en los años recientes sean civiles.

Un elemento crucial del cambio histórico en México es la disolución del sistema de poder encarnado en el presidencialismo: el régimen priísta histórico fue capaz de articular los cacicazgos locales e instrumentalizarlos como ramas del poder central; el desmantelamiento de ese sistema centralizado lleva a la disolución o transformación de tales cacicazgos, que ahora carecen de referencias centralizadoras y por tanto, son susceptibles de crear o caer bajo la égida de poderes fácticos locales, incluso grupos criminales.

La contingencia juega un importante papel para agudizar la violencia: corrupción e impunidad van autonomizando las fuerzas armadas respecto de sus supuestos controles institucionales y civiles, desembocando en una grotesca situación: las fuerzas represivas minan las instituciones y protegen a quienes se supone deben combatir. Esta es una de las principales fuentes del caos actual.

La violencia estructural y del despojo: la intensidad de la violencia de la aniquilación ha servido para invisibilizar el deterioro de las condiciones de trabajo y de vida de la mayoría de la población: sobrexplotación, precariedad, hambre y desnutrición, falta de acceso a la salud y a la educación, son la realidad de sectores crecientes de la sociedad mexicana. Esta violencia se expresa también en una operación de frontera: apropiación y ocupación de territorios, gentrificación en las grandes ciudades, entrega de obras públicas a empresas privadas, así como operaciones y dispositivos de limpieza social, transforman la reproducción de comunidades y sectores populares, alimentando el deterioro de la vida social.

En este dispositivo, las empresas transnacionales juegan un papel esencial: aunque aparecen como islas de modernidad en tanto generan empleos formales y producen mercancías para los mercados dinámicos locales y extranjeros, es posible rastrear su huella en la violencia estructural a

través de las prácticas como la subcontratación, el control monopolista de los mercados (Wal Mart), la depredación ambiental (minería a cielo abierto, obras de infraestructura), el alza de tarifas de servicios básicos (agua, transporte, energía). Las zonas económicas especiales son la condensación de estas relaciones heterogéneas y articuladas para beneficio de las grandes transnacionales, al tiempo que refuerzan el control social, en particular, regulando la migración.

La violencia de los grupos criminales: el llamado crimen organizado ha vivido una transformación significativa bajo el estímulo de la "saturación" de los negocios tradicionales, tanto por la proliferación de grupos criminales como por la presión de la guerra en curso. El tráfico de estupefacientes convive con la venta de protección y la "explotación" de los cuerpos: tráfico de personas, de órganos, extorsión, son formas que implican grados de violencia mucho más intensos y que afectan sin mediación alguna a la población. La extensión de las actividades criminales propicia dos procesos que alimentan el caos imperante: la proliferación de los medios y las prácticas de muerte (armas, ejecuciones, secuestros, torturas) y la dislocación del control territorial: de la mano de los grupos criminales y a menudo con la complicidad de las instituciones y sus fuerzas armadas, surgen nuevas soberanías locales; la "disputa por la plaza" es su forma típica y el arrasamiento es su forma extrema.

Un tema cualitativo es el del sentido de la violencia delincuencial: en razón de su carácter incipiente y de la ausencia de un sujeto integrado y coherente que la encabece, esta violencia muestra más un modo de hacer y un sentido local, inmediato: desplazar a sus rivales y "disciplinar" a la "población objetivo" de sus exacciones. La incorporación de elementos castrenses como grupos de choque de los cárteles del narcotráfico y su constitución como grupos autónomos (en especial el cártel de *Los zetas*), así como la imitación de tecnologías de miedo y muerte creadas en otras regiones, han escalado la intensidad de la violencia hasta los niveles del enfrentamiento generalizado del que Tamaulipas y ciertas regiones de Guerrero son ejemplos palpables: las fuerzas armadas no controlan el territorio y los grupos criminales se disputan dicho control mediante las armas.

La violencia divina: acaso el tema más acuciante frente a las violencias en curso sea la parálisis colectiva. La creación de guardias y policías comunitarias ha aportado una "crítica de las armas" y ha abierto horizontes de cambio: sobre la base de considerar la seguridad como un problema social, se invierte el paradigma de guerra y se involucra a la sociedad como sujeto de la transformación: al tiempo que se desmilitariza la sociedad, se deja de apelar al estado para que "cumpla con su obligación de garantizar la seguridad pública". Por su potencial crítico de los poderes establecidos, las

experiencias de seguridad democrática han sido combatidas duramente por los poderes establecidos y sobreviven apenas en escala local.

Prácticamente todas las resistencias sociales se ubican en las coordenadas liberales y enfocan sus acciones y alianzas en generar presión sobre el estado y las autoridades para que cambien sus políticas de seguridad pública. En tanto la militarización es pilar del proyecto capitalista, tales exigencias están condenadas a estrellarse con las estrategias de desgaste y administración del conflicto que caracterizan a la cultura política priísta: la evolución del conflicto provocado por la desaparición forzada de los 43 normalistas de Ayotzinapa, es un ejemplo paradigmático de cómo lidia el régimen con un conflicto que ha alcanzado escala internacional; contra todas las evidencias y sin legitimidad o legalidad alguna, el gobierno de Peña Nieto aplica una política de cerrazón en las investigaciones y diálogo ficticio con las víctimas y organismos de defensa de derechos humanos...

La violencia divina tiene otra vertiente menos visible pero más profunda: las iniciativas para recrear las bases de la vida en todos sus aspectos, enfrentando tanto el despojo como la dependencia frente al capitalismo. A las experiencias de los pueblos originarios se suman diversas iniciativas rurales y urbanas en esa perspectiva: las múltiples formas de la ocupación abren posibilidades a la resistencia contra el exterminio.

¿Todas las piezas embonan (y cómo)?

Interpretaciones como la de Carlos Fazio establecen una correspondencia funcional entre los actores de la guerra: las políticas estatales y las prácticas de los actores armados responden a las necesidades y estrategias de las grandes corporaciones y el estado de Estados Unidos. La perspectiva es la integración total de México a Estados Unidos y un estado de terror impuesto a través de los diferentes cuerpos armados que proliferan en el país. En ese proceso, las instancias estatales perderían progresivamente sus de por sí escasos márgenes de maniobra: el capataz deviene caporal, el SCI Moisés dixit.

Sin embargo, el proyecto hegemónico está mediado por dos sujetos y sus prácticas.

En primer lugar, debemos considerar al crimen organizado como elemento disruptivo: la acumulación de poder (económico, militar, necropoder) y el desgaste de sus contrapartidas (instituciones y comunidades), provocan que los grupos criminales actúen con creciente independencia y establezcan sus reglas del juego: mediante el control territorial (*La familia* y *Los caballeros templarios* en Michoacán), y la exacción de las riquezas nacionales (los huachicoleros y la

venta de combustible ordeñado en Estados Unidos), los grupos criminales desplazan y sustituyen a las instituciones y las relaciones comunitarias como sujetos articuladores de la vida social.

En segundo lugar, al aplicar el terror como su oferta de gobierno principal, gobiernos, instituciones y grupos criminales no dejan otra salida a las comunidades que buscar salidas propias: poco a poco se abre paso la certeza de que sólo la organización autónoma puede hacer frente a las violencias imperantes. Ello no significa "dar la espalda" al estado y mucho menos a los grupos criminales, sino crear nuevas formas de enfrentarlos que vayan más allá de la reivindicación frente al estado y el enfrentamiento contra las fuerzas armadas y grupos criminales: las claves de las construcciones en curso conjuntan la construcción de bases autónomas de reproducción (la economía política de la resistencia) y la autodefensa a partir de la seguridad comunitaria. Al hacer frente a los dos pilares de la dominación capitalista (dependencia de la reproducción y guerra de exterminio), estas prácticas autonómicas frenan las violencias y abren posibilidades de transformación...

Comentarios:

¿Los grupos criminales constituyen comunidades? Posibilidad de permanencia de tales grupos. Centralidad de los medios masivos de comunicación y de la propaganda para crear el clima de guerra: Acuerdo gobierno – medios acerca de cómo se difunden las noticias sobre el crimen organizado.

Las llamadas clases medias están ausentes del análisis pero juegan un papel esencial: ancla del régimen y beneficiarios parciales del capitalismo en México + expoliados - consumidores.

Cuerpo como mercancía: condición negra del mundo.

Más que novedad hablamos de reedición corregida y ampliada de la violencia.

La barbarie es compatible con el capitalismo? Hasta qué punto?

Sayek: "en el capitalismo Gore se subvierte este proceso y la destrucción del cuerpo se convierte en sí mismo en el producto, en la mercancía, y la acumulación ahora es sólo posible a través de contabilizar el número de muertos, ya que la muerte se ha convertido en el negocio más rentable".

La cualidad de las drogas es peculiar en sus efectos sobre la sociedad y sobre el control social, no es cualquier mercancía, en tanto su capacidad de alteración de los comportamientos individuales y colectivos, las hacen vehículo privilegiado de las violencias: carácter adictivo, alteración de la conciencia, escasez relativa.

Diferencia con la dictadura: no hay poder centralizado: dispersión de la violencia.

Mirar las actividades criminales desde la discusión de trabajo productivo – improductivo de

Marx